

La Academia de la Lengua



Don Ricardo Fernández Guardia

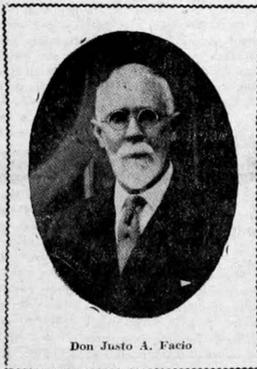
La mujer que amó a Cervantes

Cervantes fue, como D. Quijote, un sentimental. En sus obras el amor nunca respira la sensualidad y va siempre acompañado de los más puros sentimientos. De su vida erótica sólo ha trascendido el nombre sonoro y poético de la mujer que le inspiró el mayor de sus amores, de la madre de su única hija doña Isabel de Saavedra. Ana Franca se llamaba la Dulcinea de Cervantes; pero más afortunado en esto que el rendido Caballero de los Leones, logró ver correspondida su pasión.

Benidamos la memoria de Ana Franca por haber amado a Cervantes; benidamos a la mujer en cuyo regazo cariñoso reclinó este su frente cargada de genio y de pesares; a la mujer desinteresada a quien debió los gozcos de la paternidad. Quienquiera que fuese Ana Franca, el amor de Cervantes la inmortaliza, como el de D. Quijote ha hecho imperecedera a la pobre aldeana Aldonza Lorenzo.

Pero no es creíble que Cervantes se enamorase tan hondamente de una mujer vulgar. Antes bien hemos de suponer que Ana Franca era discreta, soñadora y tierna, capaz de comprender al hombre que con tanta fineza la amaba y de estimarle en lo que valía. Séanos también permitido imaginar que era bella, que sus ojos eran negros y amorosos, su talle esbelto, sus cabellos abundantes y sus manos idealmente finas, como las de la dama desconocida que pintó Pantoja de la Cruz.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA



Don Justo A. Facio

Perafán de Rivera

Perafán de Ribera pertenecía a la ilustre familia del Duque de Alcalá, Adelantado mayor de Andalucía, casa refundada hoy en la de Medinaelli.

Nació en Castilla por el año de 1492 y pasó a la provincia de Honduras en 1527, durante el tempestuoso gobierno de Diego López de Salcedo.

Acompañó al Gobernador Andrés de Cereceda a la conquista y pacificación de Naco, y fué tan activa la parte que tuvo en esta guerra, que en recompensa de sus servicios se le encomendaron los pueblos de Coyra y Coacaque.

Aveciándose en la ciudad de Trujillo, entonces capital de Honduras y asiento principal del comercio y de las comuni-



Lic. don Fabio Baudrít



Don Julio Acosta G.



Lic. don Alberto Echandi

San José, 1 de diciembre de 1922.

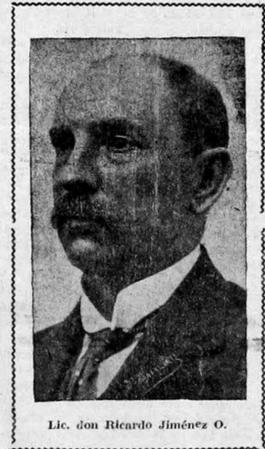
Señor Director de LA TRIBUNA

Muy señor mío:

Me anuncia Ud. que mañana se publicarán en su periódico las fotografías de las personas que en este país han sido últimamente distinguidas con la designación de Correspondientes de la Real Academia de la Lengua; y con tal motivo me pide, para su publicación, algunos de mis trabajos. Siento no poder complacerle, pues con toda franqueza he de decirle que no tengo trabajo alguno, ni siquiera un párrafo, digno de ser puesto al pie del retrato de un académico. Nunca cultivé las letras. Yo no estoy, pues, en materias literarias a la altura del honor que se me tributa. Ese honor de seguro lo debo a la insinuación de algún buen amigo; y como considero que la gratitud es la primera de las virtudes, antes de declinar el honor que no merezco, para así no demeritar a quienes les corresponde, prefiero quedar reñido con mi conciencia y seguir alimentando mi gratitud hacia el desconocido amigo a quien no complacería la renuncia de ese tan amable como benévolo homenaje.

De Ud. muy atento y seguro servidor,

ALBERTO ECHANDI



Lic. don Ricardo Jiménez O.



Don Manuel M. de Peralta

De Fabio Baudrít

A muchos les parecerá asunto baladí e indigno eso de enajenar parte del tiempo que demanda el hogar, la oficina y las relaciones sociales, en ventajosa de simples brutos. El que no entienda eso, ni se dé cuenta de las satisfacciones que resultan para el espíritu dilecto, como ahora dicen, en mantener relaciones estrechas con la escala inferior, jamás habrá levantado el pensamiento por encima del Hombre, ni adivinado el Amor que a nosotros, minúsculos animaluchos, nos dispensan otros seres insospechados que abajan su grandeza para darnos auxilio y protección. Hormigas, mariposas y la infinidad más pequeña invisible, gozan del privilegio de que fuerzas misteriosas les pongan en el sitio donde hallarán condiciones de subsistencia y felicidad; ¿qué mu-



Lic. don Cleto González Víquez



Lic. Ernesto Martín

Esta expedición duró dos años, al cabo de la cual, exhausto y cansado resolvió Perafán renunciar su oneroso gobierno, y se retiró en 1573 a Guatemala.

MANUEL M. DE PERALTA

Correspondiente en Costa Rica



Don José Ma. Alfaro Cooper

cho, pues, que existan personas apegadas a la dicha de pájaros, gatos, perros y variedad de otros hermanos menores, conocidos y simpáticos, a quienes miran como a las niñas de sus ojos? De esas almas era D. Gregorio.

Perplejo quedé al mirarlo (un cachorrillo) dentro de la canasta de mis papeles, abultado de párpados, cerrados los ojos y sin más señales de vida que la respiración que le abombaba y le escurría la panza como si fuera un juguete de hule; y tentaciones tuve de restituir tan incómodo regalo un sí es no es agravioso. Pasé al examen del botellón largo y estrecho, coronado por una mamadera de púrpura, destinado a sustituir a la ilustre mognitorra en las naturales exigencias; y la grave perspectiva de amo de cría no dejó de despertar cierto resquemor incómodo en mi ánimo...

El maestro Zambrana

Su oratoria, era una floresta encantada; floresta de robles y de lirios, con vegetación de jardín y de montaña, al través de cuyos ramajes densos y dorados fluían apacibles brisas o destrenzaban su melena trágica los huracanes; y que se poblaba, en las grandes horas del combate, de múltiples ecos: junto al rugido del león, el nostálgico canto del jilguero; junto al estremecimiento del águila que abre sus alas, la fina nota del ruiseñor que cierra las suyas en el silencio de la noche; junto al anátema del profeta, el llanto miserando del huérfano, del triste, del pobre, del desvalido; junto al himno de la belleza, el trueno de la justicia, y luego, llenando todo el aire, el acento agudo y vivo del clarín de la libertad.



Lic. don Alberto Irujes Córdoba

Su elocuencia era como una grande y maravillosa reina, que tenía por reinos los de la Historia, y más allá de ellos el intangible pero entrevisto imperio del porvenir. Con una ancha diadema de diamantes azules sobre la frente; con una larga cabellera oscura olorosa a esencias de Oriente y a jazmines del trópico, tendida sobre la espalda morbida; con una veste gracil de canéfora griega, a veces; y a veces con la austera túnica recta de Lucrecia o con el suntuoso traje



Lic. don Guillermo Vargas

amaranto de doña Sol. Y sabía como Aspasia, bella como Helena, olímpica y derrachadora como una Pompadour que regara a su paso triunfal collares de perlas, medallas esculpidas y deslumbrantes pedrerías,—esa reina, la palabra del Maestro, sujetaba bajo su cetro a los hombres y domaba las multitudes temblorosas y llenaba de tesoros de luz el alma de los pueblos.

GUILLERMO VARGAS



Don J. García Monge

Dificultades por vencer nos salen al camino por dondequiera; por fortuna, no vienen del desbaratamiento de un pueblo en decadencia, sino de las leyes naturales de que no somos responsables y que no han de funcionar siempre en nuestro perjuicio, o constituyen una enfermedad de crecimiento. Hemos querido, guiados por la impaciencia, alharjar a la República, a toda prisa; con mejoramientos que otros países han alcanzado al largo correr del tiempo y mer-



Don Carlos Gagini

ced a grandes capitales acumulados, factores ambos de que carecemos nosotros. Hemos anticipado gastos; eso es todo o casi todo; y si tenemos paciencia y cordura, el tiempo curará nuestras dolencias, pues mientras no degeneren las cualidades del pueblo costarricense,—su tenacidad en el trabajo, su aspiración a que sus hijos aprendan, su plasticidad para recibir ideas y adelantos modernos, su amor a la paz y a la tierra, su perspicacia en los tratos, su gusto y energía para subyugar los bosques indómitos,—no debemos desconfiar del porvenir; él nos aportará un nuevo florecimiento de bienestar. Ni las inundaciones, ni los incendios, ni las cosechas negadas, ni los terremotos pueden ser herrumbre que corra el acero del carácter costarricense; por el contrario, esas calamidades mantendrán limpio el acero, renovarán su temple. Trabajaremos más; lo haremos mejor; ahorraremos. La marcha hacia adelante no se detendrá.

Hace sesenta años, nuestros abuelos fueron víctimas de



Don Gregorio Martín

un sacudimiento terrestre igual al de estos días. Cayeron sus casas, no decayó su ánimo varonil. Rechicieron sus fortunas; y nos legaron una república rica y contenta de su suerte. ¿Seremos tan menguados que lo que hicieron los abuelos no lo repitamos los nietos? Entre los escombros de



Lic. Alejandro Alvarado Quirós

Cartago, apareció un grupo de dos hermanas, bellas como una Niobe, bellas como el dolor inmerecido; jóvenes, también como el dolor, que es eternamente joven. Recibieron el beso de la muerte, confundidas en el último abrazo que se dieron. Sea ese nuestro símbolo: abracémoslos fraternalmente, no para morir, sino para vivir; sobre todo, para ayudar a vivir, para remover los escombros del infortunio que oprime a tanto hermano infeliz.

RICARDO JIMENEZ

(Del Mensaje Presidencial de 8 de mayo de 1910 al tomar posesión de la presidencia de la República).

De Ernesto Martín

Ved cómo son efímeros los triunfos de los que encaminan sus empeños a amontonar vanidades o riquezas que la muerte implacable les arranca, si antes no las ha dispersado el infortunio; ved cómo se rompen los imperios que el empuje de las armas construyera; y observad, en cambio, cómo trasciende a través de las edades la labor de los que modelan almas, creando con ello el elemento esencial de las civilizaciones. Maestros oscuros que al guiar la niñez en los balbucesos iniciales de la ciencia, ponen al pensamiento en su primer, inefable contacto con la majestad de lo infinito, o profesores eminentes que desde los prestigios de la cátedra promulgan las últimas verdades arrancadas al misterio, to-



Don Roberto Brenes Mesén

dos, todos son augustos delegados de la voluntad suprema que rige el concierto de los mundos e impone su ley de armónico progreso a los seres y cosas que pueblan el espacio... (Fragmento de un discurso)

Orígenes de los costarricenses

Se ha erigido ya en leyenda y se da como cosa perfectamente averiguada y verdad irrefutable, que los costarricenses descendemos de gallegos. Nada es, sin embargo, más falso.

Cierto que nuestras gentes tienen algún parecido con esos honrados y vigorosos hijo de la madre España; su (PASA A LA 8a. PAGINA)



Lic. don Claudio González R.